

REVISTA DE TEATROS.

PERIÓDICO

DE LITERATURA Y ARTES.

LA SEMANA SANTA EN ROMA.

Difícil parece que halle el espíritu humano, ni en las tradiciones de los pueblos, ni en los misterios inventados por la poética imaginación de los orientales, ó por el fanático delirio de los habitantes del Norte, ceremonias mas patéticas y sublimes que las que celebra la piedad de los cristianos en la sede del catolicismo cuando llega la Semana Santa.

En días tan solemnes oran todos desde el Salvador que es la víctima, hasta la tierra que ya no envuelven las sombras. Desde Jerusalem hasta Roma, y desde Roma hasta la iglesia católica mas humilde, todos hunden la frente en el polvo y se prosternan al pie de aquella cruz que fue nuestro rescate, de aquel Calvario cuya sangre humea todavía y del que brota la vida eterna. Mas para contemplar esa misteriosa Semana en toda la magnificencia de su culto, para embriagarse en esa fé que sustenta y regocija al alma, conviene asistir á la ciudad pontificia desde que con el domingo de Ramos comienza el periodo de los padecimientos divinos.

No fué Roma en verdad por la que profetizó Jeremías aquella poética lamentación en que representa de luto á los caminos porque no hay quien asista á las solemnidades. Si por fortuna fuera testigo Jeremías de tan religioso celo, si presenciase aquel los cuatro días en que la iglesia á pura hasta las heces el cáliz de la amargura, no esclamaría como en los tiempos de su dolor.—«¿Cómo está sentada solitaria la ciudad llena de pueblo? ha quedado como viuda la señora de las naciones: la princesa de las provincias ha sido hecha tributaria... no hay quien la consuele entre todos sus amados.»

Ya han mudado los tiempos, y de todos los países del mundo se precipita en Roma inmensa muchedumbre, sea atraída por la cur-

riosidad ó la devoción, para tomar parte en las tristezas de la muerte de Cristo ó en los regocijos de la Pascua.

No bien llega el miércoles Santo se agolpa el pueblo en la triple columnata del Vaticano. Principes y pobres, artistas y jornaleros, ingleses y familias católicas, rusos y peregrinos, que caminan en pos de la esperanza desde las crestas de las montañas ó desde el fondo de valles, ansiosos de besar los pies del que predica la paz evangélica, todos se confunden allí en virtud de uno de los mas inapreciables beneficios de la religión; todos aguardan que se abran á su impaciencia las puertas de la capilla Sixtina.—Ya giran sobre sus goznes de metal: la trémula muchedumbre penetra en su recinto, y empiezan los tres días de misterio y de luto.

El guarda de los búfalos de las ciénagas pontinas, y el aldeano vecino al hediondo lago de la Solfatarra, medio cubiertos de piel de cabra ó de sucios harapos, tropiezan allí con el opulento viagero y con la magestuosa dama, que hace poco siguieron con sus leonados ojos por la campiña romana que ensierra en sí toda la poesía del desierto. No hay gerarquias sobre las baldosas de la capilla Consagrada en el Vaticano á la pompa de las festividades cristianas: desaparece el desnivel de las clases de la sociedad: allí solo se ven católicos que van á orar palpitando de fé. Poco después vibra bajo la arqueada bóveda el *Miserere* con los austeros y plañidores versículos de su psalmodia y esplica y comenta aquella lección de santa igualdad que nos ofrece la iglesia. A la caída de la tarde, cuando palidece el sol y se aleja poco á poco de las admirables tintas que imprimió Miguel Angel á su juicio final, resuena en los oídos un cántico de muerte y de arrepentimiento, una de esas plegarias cuya dulce armonía solo comprende el alma: no se sabe de donde parten aquellos sonidos cuya monotonía esta impregnada de re-

ligion, ni se oyen mas que voces ya suaves, ya tremendas que vierten en el corazon el espanto ó la penitencia. A cada lamentacion profética cesan aquellas voces, que tan oprimidas deben estar segun las emociones que producen: se apaga una vela del tenebrario, y á la dudosa luz que proyectan las demas, apagándose sucesivamente entre las sombras, ven los ojos cual se levantan sobre el altar aquellos prodigiosos fantasmas, que abortó el genio de Miguel Angel á las plantas de ese Dios que juzgará á los grandes y pequeños del mundo, cual se entreabren los sepulcros, y como resucitan los muertos trémulos de ventura ó pálicos de susto, para asistir á la eterna separacion de los buenos y los malos.

¿Cómo no recojerse todos en su conciencia en tal instante si el estupor y el asombro se apoderan hasta de los entendimientos mas rudos y de las imaginaciones menos capaces de comprender lo que es bello y sublime? ¿Acaso no concurren todos mentalmente á ese juicio que el atrevido buril del artista cinceló en la piedra, gravándolo para los siglos bajo los toscos y brillantes colores de su paleta?

No bien cesan de oirse los lastimeros sonos de los versículos del *Miserere*, aparece el papa con vestiduras de luto en medio de la noche que le circunda: tiende sobre la multitud aquella mano que bendice de continuo, y la multitud se retira con arrepentimiento en el corazon, lágrimas y admiracion en los ojos, y meditando el misterio á que ha sido preparada: despues se detiene en cada esquina y en cada casa: en todas partes se vén imágenes de nuestra Señora; en todas partes se postran á sus pies los cristianos, y no hay un solo acento que, á imitacion de los Pifferris de la montaña no estone cánticos á Maria. Al oírlos no parece sino que, habiendo asistido el pueblo á la agonía del hijo, anhela consolar los dolores de la madre, cuyo corazon vá á ser tan cruelmente traspasado, y cuyos ojos van á inundar tantas lágrimas.

Mas, antes de quedar todo consumado, quiso Cristo dejar en el mundo la última prenda de su amor á los hombres. Cristo dijo: «Este pan es mi cuerpo, este vino es mi sangre, haced esto en mi memoria», y la iglesia se reviste el jueves Santo de toda su pompa, se envuelve en toda su gala para rendir el debido homenaje á la sangre del Redentor; ya han desaparecido el luto y las lamentaciones fúnebres: este dia es un glorioso preludio de la Pascua, una resurreccion anticipada. Así es que la multitud asedia desde muy temprano aquella misma capilla Sixtina, donde un dia antes lloró todo su corazon, segun las palabras de Isaías. Humean los inciensos en torno del ara como el dia en que saluda la iglesia al pesebre de Belen con himnos de ventura, como cuando celebra la venida del Espíritu

Creador. Se divisa al papa sobre su trono: cumula bajo las dos especies de pan y vino; y en tonces ¡oh sublime igualdad de la primitiva iglesia! avanzan de dos en dos, y por orden de antigüedad, los cardenales, resplandecientes de oro y cubiertos de púrpura, y se acercan al tabernáculo como simples fieles para romper en manos del celebrante el pan de vida que ofreció Cristo á sus discípulos en la santa cena. Rodeado desde allí por toda su Corte hiende el soberano pontífice las oleadas de cristianos, puestos de hinojos sobre el pavimento de mármol de la basílica, y deposita la hostia consagrada sobre el sepulcro dispuesto para Jesus en la capilla Paulina, trasladándose luego en procesion al fondo de una inmensa galeria, donde prodigó Rafael los tesoros de su genio, y donde han colocado las artes sus obras maestras ó sus mas preciosos monumentos. Allí se aproxima á doce eclesiásticos pobres, trémulos todos bajo el peso de los años: sus manos, que tienen el supremo poder de atar y desatar en la tierra lo que há de ser atado y desatado en el cielo, lavan los pies de aquellos representantes de los apóstoles, pues el vicario no debe retroceder ante ninguno de los actos ejercidos por el Señor; y el príncipe y el monarca, siguiendo el ejemplo de Dios, ya que son sus intérpretes en el mundo, deben humillar sus testas coronadas ante los pobres por quienes tanto ha hecho la religion.

A contar desde esta hora despliega la Semana Santa toda la magnificencia de sus dolores. No busqueis á la razon en aquel pueblo, tan susceptible de impresiones, y tan amante del tumulto, lo que forma su vida habitual: el pueblo romano ha desaparecido con sus fáciles costumbres y sus inspirados cantos: se desvanece ante esa velada cruz: está triste de la tristeza de la iglesia, y llora como lloraban las santas mugeres al pie del Calvario. Luego que se verifican las santas ceremonias, que no tiene voces para describir la mas rica de las lenguas: luego que el silencio de las cuatrocientas campanas de Roma anuncia el viernes Santo que muere Dios en un patíbulo afrentoso, donde solo conducian los antiguos romanos á sus siervos; luego que espira en la cruz, en ese suplicio á que Verres era condenado por Ciceron, porque Verres habia hecho morir en él á un ciudadano, es de ver al pueblo en un todo identificado con la iglesia. Agobiados los cardenales bajo el peso de sus túnicas blancas y negras se arrastran de rodillas, para adorar el crucifijo de que son los primeros sacerdotes: el patriarca de Jerusalem, rodeado de sus obispos, llega en nombre de la Judea á sepulturar en el polvo su frente, surcadas tantas veces por el sable otomano con las cicatrices del martirio; y el pueblo, que comprende y participa de fé

tan fervorosa, yace entre las columnas de mármol, que sostienen la basilica, y ora con los ojos, ora con los labios, ora con el corazón.

Todo es allí recogimiento, y la augusta pompa que ostenta en semejante día la metrópoli del mundo, no distrae sino las miradas fugitivas de algunos forasteros; mas al parecer de improvviso suspendida de la cruz de San Pedro, que parece bambolearse, la luminosa cruz, símbolo de muerte para el pueblo, este, sumergido antes en la amargura, se estremece de santo gozo. Aquella cruz, que á una señal convenida inunda de luz la inmensa basilica, como, una de esas mágicas iluminaciones, de que es teatro el castillo de *Santo Angelo*: aquella cruz revela todo el porvenir impreso en el sepulcro, que sellaron los judíos y custodias cual si fuese una ciudadela. Sus fúlgidos resplandores se proyectan en las estatuas colocadas sobre las tumbas de los pontífices, que se dilatan por el templo como un precioso sudario. ¡Cuán pequeños son los hombres en el seno de las tinieblas de la vida y ante aquella gloriosa imagen del cristianismo! ¡Qué poca cabida tienen allí sus pensamientos terrenales y sus delirios de fugaz ventura!

Súbito y en el instante mismo en que el Soberano pontífice, seguido del sacro colegio, se postra para adorar el santo madero, resuena en los ángulos de la basilica el himno de todos los dolores, el cántico de muerte, el *Stabat Mater*, elegia la mas expresiva, que ha salido de la boca de los hombres, y que santificó Pergolecio con su cristiana música. Mas la muchedumbre católica no derrama ya lágrimas; suspendida entre el gozo y el quebranto intenta reprimir los encontrados sentimientos que rebosan en su alma cuando al siguiente día agita las campanas de la ciudad santa el *Gloria in excelsis Deo* que pronuncia el vicario de Cristo: cuando á la misma hora vibran todas las de la cristianidad: cuando ya cumplido el misterio no quedan en la tierra sino un sepulcro vacío y un Dios sobre el ara, como señal de la resurrección, entonan los romanos sus cánticos de felicidad. El cañon del castillo de *Santo Angelo* amalgama su guerrero zumbido con las aclamaciones de la multitud, que se atropella en las calles, se huela en inadecibles testimonios de júbilo, y palmotea en torno de las hogueras de Pascua, encendidas en todas las plazas, mientras se elevan rápidos infinitos cohetes, para morir en los aires. Aparecen con sus trages de gala, rodeadas de bujías y milagros las imágenes de nuestra Señora, cubiertas desde el miércoles con negros crespones: se ven las tiendas engalanadas con flores y ceñidas de laureles; y por un contraste tan moral como instructivo, encerrados en su *griotto* los judíos, que aun llevan en su frente la marca del terrible anatema del deicidio, toman parte en el regocijo comun;

de modo que al contemplar los transportes de alegría, de que hacen alarde, no parece sino que piden cuenta á sus mayores de la sangre que derramaron sobre el Gólgota.

Entre esta pompa mezclada de gozo y pena, de tiernos misterios y de lecciones sublimes, asoma el día de Pascua. Para nosotros, miserable pueblo desnudo de creencias: para nosotros que damos mas asenso á los desoladores sofismas de la duda que á la luz evangélica; Pascua es un domingo cualquiera, dado que no trabajemos por la mañana y nos engolfemos por la tarde en licenciosos deleites: para los romanos es otra cosa. Estos resucitan con su Dios, y saliendo con él del sepulcro distinguen sobre las almenas del castillo de *Santo Angelo* las antiguas águilas de la república enlazadas con las llaves de San Pedro. Ondeán los estandartes sobre el mausoleo del emperador Adriano que convirtieron los vándalos en fortaleza. Ostentan las siete basilicas sus mas ricos ornamentos; y entre aquellas poblaciones que se agrupan en derredor de la madre de las iglesias, se vé á monarcas, cardenales, embajadores, príncipes por la sangre ó por el genio que acuden á solemnizar la fiesta universal. No hay puentes ni calles cuya estension baste á dar cabida á tan extraordinaria multitud que se detiene, dominada por un poderoso instinto de veneración, y ora sobre las gradas de mármol que guían al templo, ora en la plaza del Vaticano, porque sabe que desde el día de Pascua data una nueva era para Roma y para todas las naciones que languidecen á la sombra de la muerte.

Ya que antes habeis visto á la religion envuelta en sus tupidos velos de luto, como una hija que llora á su madre, acercaos ahora si podeis á la basilica. La inscripción inmortal que gravó Sixto V en el obelisco, elevado por Fontana al frente de la metrópoli del mundo, realiza en tal día sus gloriosas predicciones: Cristo ha vencido: Cristo reina: Cristo domina en aquel recinto. Ya no hiere á la vista en aquel instante el sombrío aspecto de la muerte: ya no se encuentran allí tabernáculos abiertos y vacíos, cual si los hubiese saqueado la mano de otro Judas, ni cruces sepultadas entre opacas sombras, ni lágrimas de gratitud que humedezcan el sepulcro: una sola noche ha transformado acentos de desesperación en himnos de ventura, y el cristiano dichoso con su fe y estasiado en la oración y el recogimiento, se prosterna ya en el átrio, ya en torno de los mausoleos donde duermen el sueño eterno los pontífices que gobernaron el mundo. Suena al fin la hora deseada en que comienza la misa del papa, la misa pascual. *Vider Napoli poi morir*; esclaman poéticamente los napolitanos embelesados con su hermoso cielo, con el fecundo sol que dora sus campos, y con aquel Mediterráneo que acaricia blandamente los muros de la ciudad

del Vesubio. Yo he estado en Nápoles: he apetecido vivir allí; mas desde que han visto mis ojos el magnífico espectáculo que ofrece al mundo atónito la basílica de San Pedro, desde que he sido testigo de todas las ceremonias de la Semana Santa, creo que hubiera tenido por inefable ventura seguir hasta los cielos aquellas armoniosas orquestas, aquel fausto religioso con que se reviste la iglesia, cuando sube al altar su cabeza como sacerdote y como monarca. Mis sentidos se encantaron entonces con mas de una perspectiva, pues halagaban mi curiosidad tan imponentes ceremonias al son de una música sorprendente, compuesta de las orquestas de la Scala, de S. Carlos y del Tordinone. Yo he visto nacer y morir reyes, he presenciado el regocijo, que acompaña al entusiasmo que inspiran las fiestas populares; pero jamás ha palpitado mi corazón tan conmovido como cuando contemplé subir al papa los escalones de mosaico del altar donde reposa el primero entre los apóstoles.

¡Cuántos viajeros de todos los países han admirado en todas las épocas la catedral del universo construida sobre los escombros del palacio de Neron! ¡Cuántos, al medir con los ojos su triple hilera de columnas, su ancho pórtico, sus acueductos, su obelisco traído de Egipto y calcado sobre las cenizas del César como un recuerdo histórico, han exclamado sin duda, *esto es sublime!* ¡Cuántos, al penetrar en aquel santuario, donde es llamado á orar el mundo todo, en aquel templo, que posee la cúpula de Miguel Angel, las pinturas de Rafael, las esculturas de los mas famosos artistas desde el Bramante hasta Canova, los mármoles de Paros y el primer oro estraido de las minas del Perú, han dicho á la vista de tantas riquezas, como ha acumulado en aquel recinto el genio y el entusiasmo religioso. *Aquí estamos bien, elevemos tres tabernáculos en este sitio!* Todos los viajeros, por escépticos que sean, despues de haberla pagado su tributo de admiración, dejan á Roma vanagloriándose de contar que sus pies han tocado el pavimento de mármol del Vaticano, y contemplado su mente la majestuosa elegancia de sus gigantescas proporciones, otro tanto podia decir yo, mas quiero explicarme en otros términos, porque he visto á la basílica como merece ser vista, la he admirado á la luz del día, y durante aquellas hermosas noches en que los italianos vagan por la ciudad, embriagados de frescura y tarareando el *Aria di bravura* ó la nueva barquerola he clavado mis ojos en la soberbia mole de aquel edificio y en aquella cúpula cuya armonía encierra tantas gracias. Y además he visto al papa revestido de su doble poder, formando su comitiva por una parte sacerdotes, prelados, obispos y cardenales, y por otra lo mas selecto de su guardia de honor, y el senado con sus togas consulares: le he visto so-

bre su áureo trono derramar bendiciones para aquella prodigiosa muchedumbre inclinada ante su mano; y al fijarme en el príncipe, el señor, el grande, el infalible doctor de la iglesia, todos los demas objetos se han eclipsado á mis ojos.

¡Cuán solemne es para los romanos un día de misa pontifical! Se reviste la ciudad con lo mas rico de sus galas: sus antiguas águilas cubren aun con su encorvada garra las iniciales perennes de la república S. P. Q. R. (1), y parece como que agitan sus alas en señal de triunfo. Confúndense en la basílica pueblo y senado. ¿Y cómo no confundirse si la misa que se va á celebrar con tan lujosa pompa es el símbolo mas significativo de la igualdad?

El pontífice, en cuyas vestiduras brilla la púrpura, el oro y los diamantes, pobre y desvalido tal vez algunos años antes, pedía de puerta en puerta un pedazo de pan por el amor de Dios; y acaso entre aquella muchedumbre que no tiene brazos ni piernas, sino ojos y labios para orar; se halla un muchacho ó un simple monge, á quien reserva el cielo para ascenderle á aquel trono, donde solo el papa puede celebrar los divinos misterios.

No sé qué tienen de patético, de grave y de imponente las ceremonias de la iglesia, que siempre me han hecho ser católico por instinto. Siendo niño aun me encantaban las dulces y lúgubres plegarias que presiden á nuestro nacimiento y á nuestra muerte; ya jóven asomaban á mis ojos ardorosas lágrimas, cuando el día de Pentecostés ó á la apertura del año escolar; vibraba en mis oídos el *Veni Creator*: bullían en mi mente ideas de ambición, delirios de glorias y venturas, cuando en el fondo de un templo agreste, entonaba el sacerdote con el *Te-Deum* el cántico de los ángeles y de los vencedores. Júzguese, pues, de los sentimientos que rebosarian en mi alma cuando vi por primera vez al príncipe de los creyentes ocupar en la basílica su trono de oro, frente al altar brillante con las luces de mil cirios, y formando su séquito los penitenciaros de Roma. Entonces no distinguí ni á los reyes puestos de hinojos al rededor de cuatro columnas de pórfido, que parecían el sostén de la cúpula, ni á los embajadores que imitaban el ejemplo de los reyes, ni á los senadores revestidos con la púrpura de sus antiguas togas, ni á los cardenales cuyas dalmáticas relumbraban con el brillo de los diamantes: mi vista se fijó solo en un hombre, en el pontífice, anciano de noble aspecto, cubierto de canas, y cuyos labios murmuraban augustas plegarias. No puedo dar razón de la arrebatadora música que se oía entonces, conmoviendo el corazón como el canto de una madre, ni de nada de lo que allí se hizo. Luego que me habitué algun tanto á

(1) *Senatus populus que Romanus.*

ceremonias tan grandiosas que absorben todas las facultades, pude examinar las sensaciones que habian enagenado mi espiritu: entonces pude razonar sobre el asombro que habia experimentado, y.... ¿sabeis lo que vi? lo que no alcanzarian á explicar ni toda la magia del pincel de un Rafael, ni toda la poesia de un Lamartine.

Apenas aparece entre aquella multitud, que se agita como las ondas del mar embravecido, la cruz de oro sostenida por un prelado, á quien rodean otros doce candelabros, cuyo peso les abruma, se apodera de todas las almas un religioso silencio; y á continuacion saluda al sumo pontifice el canto católico de *Tu es Petrus et super hanc petram edificabo Ecclesiam meam*. Penetra en el templo y cubierto de ceniza vá á sepultar su frente sobre la losa que guarda la osamenta del jefe de los apóstoles: levántase á poco, y el que un momento antes oraba como un pobre pecador, se alza ahora principe de la tierra, y recibe homenaje de los cardenales sus venerables hermanos.

Esta adoracion, preludio forzoso de todas las misas pontificales, es sin contradiccion el espectáculo mas noble que se ofrece en el mundo. Representaos á sesenta ancianos, todos cargados de años, de virtud y ciencia, todos cubiertos de púrpura, todos postrados á los pies de aquel á quien han reconocido por jefe, á quien tal vez protejieron en la época en que simple monje ó clérigo echaba los cimientos de la reputacion, que le habian creado su cuna ó su pobreza. Entre los miembros de aquel sacro colegio se encontraron hijos de reyes, hijos de emperadores, de principes, de hombres ilustres, cuyo nombre es por sí solo una gloria: estos son los que se prosternan con la veneracion mas profunda á las plantas y al anillo del pontifice: estos son los que mas se humillan cual si quisieran hacerse perdonar en aquel templo, donde es reina la cruz, lo elevado de su cuna ó el acaso de su prosperidad. Tras ellos vá el senado de Roma: en seguida los principes cristianos y los embajadores de todos los paises, despues de haber nivelado todas las clases adoracion tan solemne, despues de haberse confundido sobre las gradas de tan escelso trono los hijos de sangre régia y los hijos del pueblo, se incorpora á ellos el pontifice, cae la tiara de su cabeza, y ya no se vé mas que á un sacerdote cubierto de canas.

Dá principio la misa y ora con su jefe toda la cristiandad, representada por las diputaciones de los sacerdotes ó de los fieles. En torno del altar privilegiado para aquella fiesta solo se distinguen cardenales, y principes de la iglesia romana que sirven al celebrante como simples acólitos. Obispos hay allí que reciben en las catedrales el mismo

homenaje, pero confundidos bajo su mitra entre aquella multitud de sacras dignidades se consideran dichosos con ofrecer á su pastor el agua, el vino y los inciensos que sus dedos han bendecido.

Allí ocupan su puesto en la gerarquia eclesiastica los patriarcas de Oriente con las vestiduras sacerdotales del tiempo de los concilios, y sus voces, quebrantadas no tanto por su edad como por los trabajos y persecuciones del apostolado, cantan en la armoniosa lengua de Homero la epístola y el evangelio, que acaban de leer en latin los cardenales diáconos. Despues de hablar el apóstol y Cristo hablan á su vez el hombre y el cristiano, y brota de una sola boca y de cien mil corazones, el *credo*, símbolo de nuestra fé, que une lo pasado y porvenir.—Entonces se ven salir de aquellas sacristias (construidas por Pio VII y que son otros tantos palacios donde rivalizan la pintura y la escultura) los vasos sagrados, de que solo puede servirse el papa, puestos sobre almohadones de terciopelo, y sostenidos por prelados: sigue la triple corona que al morir lega el pontifice á su sucesor como una carga en la tierra y quiza tambien en el cielo: luego todos los tesoros que posee la iglesia, todas las piedras preciosas que la han prodigado la piedad y munificencia de los monarcas. Domina el pontifice aquella poblacion cristiana, cuyo recinto desearia ensanchar, y separado de los que antes les circundaban, pronuncia con una rodilla en tierra las místicas palabras que transforman el pan en Dios y el vino en su sangre. ¿Podrá haber impios ó incrédulos en aquel templo? En realidad no hay sino cristianos, católicos, porque la religion con su omnipotencia y con la magia de sus recuerdos, ase el corazon, mientras un silencio universal atestigua su dominio sobre los hombres.

Consúmase el misterio de amor y reconciliacion: resuenan de nuevo cánticos á que no se mezcla ninguna voz humana; cánticos á que han impreso un no sé qué de sobrenatural las palabras pronunciadas por el consagrante. No es por cierto música terrenal la que resuena dentro de aquellos muros testigos de tantas maravillas, y hay tal suavidad en sus acentos, cuando sus plegarias inundan de armonia la estensa basilica, que se eleva con ella el alma á regiones desconocidas, mientras contemplan todos el altar y el pontifice y oran como podria orar una muger desolada. Caen sobre las magnificas tintas de aquel pavimento, caen lágrimas arrancadas á las potencias de la tierra: y con frecuencia he oido á ingleses de frio corazon, y de alma estenuada por ambiciosos cálculos, á hombres de fé dudosa y de conciencia sumergida en las tinieblas del error, esclamar con los católicos. «¡Aquí estamos bien!»

El cañon del Santo Angelo y la sonora campana de San Pedro anuncian que el Papa vá á bendecir la iglesia y el universo: entonces todos los que han tenido la felicidad de penetrar en el templo, todos aquellos que no han podido entrar allí se agrupan en la plaza del Vaticano, iluminada por el sol de Italia. Al lado del artista que anhela una inspiracion ó busca asunto para un cuadro, como supieron hallarlo Schnez y Leopoldo Roberto en el noble semblante de los romanos y en las graciosas actitudes de las mugeres del pueblo, pasa todo lo que encierra la ciudad santa de poderoso, de rico y de sábio. Aquel es un panorama lleno de animacion, que ofrece en perspectiva á los ojos atónitos los trajes de todas las naciones, los uniformes de todas las cortes, los habitanses de todos los paises.

Ya es medio día: truena el cañon: se agita en rapidos vuelos el ruidoso metal de las cuatrocientas campanas de la ciudad de los Césares, y aparece el trono del pontífice en el balcón del Vaticano. Circulan de boca en boca y en voz baja las palabras de la fé cristiana, *il santo padre*. Niños y mugeres, jóvenes y ancianas seputan su frente en el polvo, y en medio del silencio mas solemne bendice el sumo pontífice á la ciudad, y á Oriente y á Occidente, pues el mundo entero tiene derecho á sus bendiciones. Salen de su boca palabras augustas, palabras consoladoras y el pueblo se levanta con la alegría en los ojos y la felicidad en el alma, victoreando con entusiasmo al príncipe de la iglesia en esa lengua italiana tan rica de armonia, por devolver así con este voto de los hombres lo que acaba de concederle la plegaria del sacerdote.

Roma durante la cuaresma se há rodeado de dolor como pudiera hacerlo de un cinto: el día de pascua ha reconquistado su delirante gozo. A la caída de la tarde se ilumina como por encanto la cúpula de San Pedro: sus luces de mil colores, que la tejen inmensa red, se proyectan á lo lejos ya en la ciudad, ya en sus desiertas campiñas. El mausoleo de Adriano, defendido por el puente de Tiber, vomita en el rio sus girándulas: lanza á los aires sus brillantes soles: sus mágicos cohetes se cruzan, se chocan entre sí y se destruyen unos á otros á fuerza de luz. Y los romanos tan aficionados á estas diversiones nocturnas y los forasteros que participan de ellas, pululan en las calles contiguas ó sobre las siete colinas consagradas á monumentos piadosos. Todos, ya sean católicos ó protestantes, inercúduos ó cismáticos, doblan la rodilla delante de aquella fiesta, como testigos y representantes del universo todo.

Así pasa entre lágrimas de piedad y delirios de ventura esa Semana, que deja tantos consuelos en el corazon de los que asisten á todas

sus ceremonias con los ojos de la fé, y tantos recuerdos de magestad religiosa en el alma de los que solo han acudido á ellas, animados por la curiosidad.

CRÍTICA OPERATIVA.

Galerta de españoles célebres contemporáneos, ó biografías y retratos de todos los personajes distinguidos de nuestros días, en las ciencias, en la política, en las armas, en las letras y en las artes: publicados por D. Nicomedes Pastor Díaz y D. Francisco de Cárdenas.

Teatro ha sido nuestra desventurada nacion, la nacion que un día se llamó la primera en el mundo, de grandes y gloriosos acontecimientos, de lamentables escenas; de desolacion y de sangre, de virtudes y sufrimientos, durante los cuarenta y dos años que van transcurridos del aciago siglo XIX. A la historia pertenece examinar, para escarmiento ó estímulo de las venideras generaciones, la historia de nuestros crímenes, de nuestras heroicidades, de nuestras apostasias y de nuestras nunca desmentidas convicciones políticas; pero esa historia no se ha escrito, esa historia no se escribirá, si los hombres ilustrados de la época presente no sacuden el ocio vergonzoso en que el temor los tiene postrados; si protegidos por el poderoso testimonio de una conciencia, agena de pasiones y de espíritu de bandería no dejan consignados, en imparciales páginas, los hechos que han de servir á cronistas justicieros, para absolver acaso y aun cubrir con una aureola de gloria muchas acciones que hoy calificamos de delitos, para condenar tal vez á la execracion del recuerdo muchas otras que aplaudimos entusiasmadas.

Digno es de la estudiosa y valiente juventud española el impropio trabajo de acopiar materiales para la historia: tarea inmensa, difícil, rodeada de riesgos que correr, exhausta de gloria que alcanzar: sacrificio penoso, en que la verdad rigurosa es lo mas, y las relaciones sociales lo menos: verdadera abnegacion del amor propio, de ese gérmen primero que conquista coronas, que destruye ejércitos y domina parlamentos..... Y solo á la juventud española, atañe esta tarea, este sacrificio, esta abnegacion; porque ella es hoy la única depositaria de los sentimientos morales; porque en ella se han vinculado, en medio de un espantoso y largo desórden, las ideas ordenadas; porque en ella estriba toda la esperanza, todo el porvenir de la patria. Y esta situacion es lógica, es una consecuencia forzo-

sa de una crisis de treinta y cuatro años: nuestro juventud repite hoy; amaestrada empero por la desgracia del país, lo que en 1808 hizo la que al presente es ancianidad; al paso que esta, sobrecogida de terror al echar una ojeada recelosa sobre las consecuencias de sus primeros pasos, no acierta á retroceder, ni á sacar á la nación del atolladero en que las imprudencias, los peligrosos ensayos, y sobre todo la falta de fé y de convicciones la atacaron.

Ganado habemos, pues, en el cambio, y la Providencia ampara todavía á una nación que improvisa hombres para todas sus situaciones, que opone la religion á la apostasia, la lealtad al perjurio y á los verdugos los mártires. Véase por lo mismo cuan erróneamente han examinado la tendencia de la revolucion que vamos corriendo desde 1833 los que se admiraron del culto tributado á su propia obra por los políticos adalides de una generacion desvirtuada, muerta: los que esto estrañan, ignoran sin duda que en politica como en moral, los errores matan á quien los comete, quitándole hasta la fuerza del arrepentimiento, al paso que sirven de saludable aviso para no incurrir en ellos, al que desde prudente distancia los estudia. Así y solo así, se puede tambien explicar la aparente anomalía de que oradores eminentes se hayan afiliado en 1822 en las filas de la exaltacion y en las moderadas en 1836 y vice-versa.

Hijas son estas breves reflexiones de la instructiva y amena lectura del primer tomo de la obra, cuyo título las encabeza. Ya desde que se anunció su publicacion, presentimos que no seria un escrito vulgar ó estéril como tantos otros que corren impresos, porque ofreciannos garantías suficientes de su mérito los nombres que al frente lleva, y la noticia de otros escritores de valia y renombre que habian tomado parte en tan recomendable empresa. El suceso ha correspondido cumplidamente á nuestras esperanzas.

Antes de entrar en el examen particular de las seis biografías que comprende dicho tomo primero, no podemos menos de mostrarnos agradecidos, y con nosotros sin duda todos los que busquen en la vida de un hombre, señalado algo mas que la fecha de su nacimiento ó las de sus hechos, al orden de su publicacion. En efecto, cualquiera que abra las primeras páginas de las entregas comprende desde luego, que entre la primera y la segunda, entre Argüelles y Arrazola se desenvuelve una vasta escena de doctrinas y de sucesos; una época dividida en tres, de las cuales la última no es consecuencia precisa de las dos primeras; un *Panorama* infinito, un día entero, que por la mañana, por la tarde y por la noche nos ofrece las mismas figuras con distintos rasgos, al principio gigantes, naturales despues y al último

pigmeas. Y esa escena, esa época, está retratada con colores vivisimos y puros, con histórica imparcialidad, con el pincel de aquella opinion santa y venerable que sabe sobreponerse á todas las mentidas opiniones, y que nunca puede asociarse al rencor, al vil deseo de venganza, ni á otros ruines é intolerantes vicios. Completan tan interesante cuadro, como pinturas que en él figuran en primer término, los descollantes personajes *Martínez de la Rosa* y *Ahalá Galiano*, y allá á lo lejos, entre las asperezas y desfiladeros de Morella, entre sus propios descalabros, y los descalabros que hace sufrir á sus perseguidores, asoma la romántica cabeza del héroe de Tortosa, del funestamente célebre *Cabrera*. Ni faltan al lado de las negras tintas que hacen sobresalir al caudillo de don Carlos, ó en medio de los disparados y elocuentes discursos de los primeros oradores de la nación claros amenos que recorran la vista, esponiendo como complemento de la época considerada por todas sus fases la vida del entusiasta literato, que modesto é incansable, reasume en sí solo la consecuencia que necesariamente brota en las revoluciones de la tribuna y de la espada; consecuencia preciosa; el desarrollo de las luces, la civilizacion de los pueblos.

Tiempo es ya de que consagremos algunas líneas al prometido examen de un trabajo tanto mas útil é importante, cuanto menos será tal vez apreciado en unos tiempos azarosos, en que esclavo el pensamiento, esclava la pluma, solo es dado á esta última horrragear políticas caricaturas que la historia desechará indignada. Precisamente al autor de este artículo ocurrió, concluida ya la guerra civil el mismo pensamiento, que tan felizmente han comenzado los señores *Pastor Díaz* y *Cárdenas*: para conseguirlo, reunió interesantes datos y documentos relativos á las celebridades de todos los partidos, que debían tener lugar en su obra que no llegó á emprenderse por motivos, cuya relacion no es de este lugar, apuntándose aquí esta particular circunstancia, no por un vano deseo de hacer alarde de pedantesca rivalidad, si solo por dejar consignado, que el que estas líneas firma se dá el parabien de que escritores de primer orden hayan echado sobre sus hombros el peso grave de un empeño muy superior á las luces y experiencia de aquel.

Basta leer con mediana atencion la biografía de *Don Agustín Argüelles* para convenirse de que los dos últimos renglones del prólogo, que precede á la obra de que nos ocupamos, no indican una promesa efimera, sino una verdad apoyada en sólidas y terminantes pruebas, si de apoyo ha menester la verdad. Y si la opinion pública ha de consultarse alguna vez en corroboracion de ideas y pensamientos acerca de individuos, que por la situacion en que la casualidad los ha co-

locado, representan en la sociedad distinguido papel, no creemos acometer una empresa al atrevernos á asegurar, que todos los hombres que han estudiado, aunque en compendio sea, la historia de nuestras contemporáneas vicisitudes, están conformes en cuanto al carácter moral y político del apellidado *dieino*, orador asturiano, con el ilustrado y eminente escritor, que con tan feliz acierto ha conseguido bosquejarlo. Y mencionamos hemos hecho del carácter moral de *Argüelles*, porque su biógrafo no se ha limitado á señalar los servicios que como patriota ha hecho á la causa de la libertad, ni ha tenido por único norte seguir escrupulosamente el derrotero forzoso, en que esta joya se ha visto lanzada, á merced del contraste de irritados vientos, no: la biografía de *Argüelles* es también la historia de su corazón; es el *buscapié* de todos sus actos públicos, la brújula de sus opiniones, el por qué de su contumacia y de su rigorismo político. Y en esa historia hay un pensamiento sublime, que la comienza y la concluye; hay un hilo delgado que anuda dos extremos, el principio de una vida gloriosa, y el principio de una muerte oscura; hay un *Argüelles*, que unido á los acérrimos defensores de la libertad, de la independencia española en 1808, prestó á su patria señalados servicios, mas por su influencia que por su acción; y otro *Argüelles* que entró, *viejo ya, en e' pa'cio de los reyes de España, como amo, á hacer veces de padre á su Reina, hija del R y de quien había sido enemigo*. Y estos dos extremos lo dicen todo, lo abarcan todo; la época y el hombre.

No es menos importante, atendida la que el cielo deparó como hombre de gobierno á don *Lorenzo Arrazola*, la historia de este ministro: los hechos se han encargado de comprobar que, dotado de poco común talento, y no careciendo de habilidad, no era sin embargo el hombre que convenia para llevar á puerto seguro la nave del estado, en la complicada y peligrosa situación, que se vió obligado á sortear mas bien que á regir. Débil, tímido en demasía hubiera sido, no lo dudamos, capaz de seguir acertadamente un sistema de gobierno establecido; pero faltábale el necesario arrojo para superar los obstáculos que al suyo se oponían. También la opinión de los hombres estudiosos é imparciales apoya con su fuerza irresistible las observaciones, que con referencia á tan lamentables días emite el autor de la biografía del hombre, que en 18 de julio de 1810 dejó de ser ministro contra la voluntad de la Corona, despues de diez y ocho meses de incertidumbre, de vacilaciones y de esperanzas frustradas.

Al señor *Pacheco* le alcanza la gloria de haber trazado el siempre noble carácter que, con todos sus defectos, distingue á don *Francisco Martínez de la Rosa*: una sola cosa di-

rémós de su biografía, á saber; que es digna del virtuoso personage que en ella se retrata. El siguiente trozo es la anatomía moral del ilustre orador granadino.

« Pocas personas habrán estado dotadas de mayor fuerza de resistencia, de mayor energía de sufrimiento, de un valor de martirio mas admirable. Pero ese valor no es el de acción, no es el de iniciativa, no es el de empresa y atrevimiento; y este segundo no es el que distingue al señor *Martínez de la Rosa*. Se dejará matar sobre su banco, pero no embestirá á su enemigo para matarle. Se resignará á ser mártir, víctima; pero no se lanzará á ser héroe. »

Y viene en pos el fantástico y fatídico personage, que desde 1834 hasta 1839, cubrió de luto á Aragón y á Valencia; el mas arrojado sosten del absolutismo en España; el puntal mas firme de la agreste monarquía de don Carlos; el partidario catalan que en las orillas del Yémen hubiera sido un bravo y digno rival de *Ibraín-bajá*. Y aquí tambien nos ofrece el señor *D. P.* uno de los principales periodos de trazar precisamente á los beneficios ya palpables de una civilización regeneradora; período de sangre, de represalias atroces, de exterminio; episodio cruel, desgarrador del gran poema en que, unos mas, otros menos, todos hemos sido y aun somos actores, sin que hasta ahora se haya levantado un *Homero* que lo immortalice. Triste es, desconsoladora y aflictiva la pintura de los hechos del estudiante de Tortosa; y la maldición del biógrafo á la Europa civilizada, consentidora de los horribles escesos que en nuestra patria se han sucedido, es la maldición del cielo, y pronto ó tarde ella se cumplirá. El señor *P. D.* ha comprendido exactamente el caudillo y la época infortunada de nuestra última lucha intestina: ha desentrañado filosóficamente la energía que animaba durante la guerra el alma indomable del hombre, cuya vida se ha propuesto estudiar, y al apellidarle grande, hasta en sus atrocidades y reveses, ha escrito una verdad que la Nación entera cree, porque la Nación ha visto que para destruir su poder se han necesitado ochenta mil infantes, seis mil caballos, cien piezas de artillería, un general afortunado, y diez meses de término.

Completan estas cuatro biografías con la de don *Antonio Al'á'd Galiano* la parte política y militar del tomo que nos hemos atrevido á analizar. Escritas todas con elegancia, facilidad y conveniente estilo, no son menos apreciiables por las dotes literarias que las adornan; y su adquisicion sera en todo tiempo preciosa, no solo por la parte doctrinal é histórica que encierran, sino tambien por el agradable y útil entretenimiento que al ánimo proporcionan.

No debe extrañarse que nos hayamos extendido algun tanto en consideraciones políticas,

al escribir un artículo para un periódico literario, cual es la *Revista de Teatros*: hemos creído que al examinar, sino con la detención que merece, al menos bajo este punto de vista, una obra cuyos principales personajes pertenecen de hecho á la crónica parlamentaria y guerrera de nuestra Nación, no podíamos dispensarnos de dar á nuestra crítica un giro, que naturalmente nos llevase á emitir nuestro juicio sobre aquellos trabajos, por el lado en que mas debían resaltar su mérito ó sus defectos; porque pobre crítica sería la que se contentase con ver en ellos fluidez en la narración, claridad en las imágenes, concisión propiamente biográfica, cuando éstas en toda obra literaria de relevantes prendas, tienen que subordinarse en la presente á una narración veraz, al lógico enlace de unos hechos consumados, á las deducciones filosóficas y políticas que de estos resultan, con aplicación á los males que han aquejado á un pueblo siempre leal, siempre valiente, y por desgracia siempre víctima de su sencilla buena fé y de sus religiosos compromisos.

Ni nos es posible terminar estas mal pergeñadas líneas sin primero hacernos brevemente cargo de la biografía de *D. Manuel Breton de los Herreros*. Su autor, el Sr. Gil y Zárate, se ha desentendido enteramente de todo roce con las diversas opiniones políticas que nos dividen, aunque bien pudiera aspirar el poeta riojano al aprecio de los hombres públicos, en gracia de los servicios que á la nación tiene prestados: relata, pues, con sencillez estos servicios, sin enlazarlos de modo alguno con nuestras ridículas y mal paradas contiendas, y solo narra lo absolutamente indispensable para atravesar con su héroe por una época infeliz de desaciertos y de terribles pruebas. Pero en desquite marca el biógrafo con el tino y conciencia que en sus obras dramáticas campea, el distinguido lugar que el Sr. Breton ha conquistado en la república de las letras: siguele, como poeta, en el laberinto de una vida llena de actividad y no exenta de peligros; siguele, cuando acorralado en España el desarrollo de las luces por la tiranía de una censura ignorante y discrecional, le vé luchar animosamente contra los obstáculos que le cierran la entrada en nuestro teatro; y en la reseña analítica de sus producciones, juzga al poeta, y hace mas, le defiende de las acusaciones lanzadas contra sus comedias por hombres, ó demasiado exigentes, ó poco amigos de transigir, dramáticamente hablando.

Curiosa é interesante en extremo es la historia de la decadencia de nuestro teatro cómico durante el año de 1824 y siguientes que el Sr. Gil y Zárate nos presenta; decadencia contra la cual combatió Breton cuerpo á cuerpo; época en la cual, solo esfuerzos desesperados pudieran dejarle airoso. Y airoso quedó Bre-

ton en tan desigual contienda porque *había de llegar un tiempo, en que con mas ó menos talento, mas ó menos fortuna, un crecido número de poetas acudiese á coger laureles en el teatro, tocándole al Sr. Breton la gloria de abrir la carrera y hallarse al frente de todos.*

Damos fin á este artículo felicitando á los señores Pastor Diaz y Cárdenas, por los buenos auspicios con que la *Galería de Españoles célebres contemporáneos* se ha presentado al público; por el acierto, veracidad, y elegante estilo que recomiendan poderosamente á las biografías hasta ahora publicadas, y sobre todo por el servicio importante que hacen al país. Este rectificará algun tanto sus propios errores, al leer la historia de los hombres que ha tenido al frente, y el trabajo de los estudios literatos que tal triunfo consigan, no será perdido: acaso no recojamos nosotros las consecuencias de aquella rectificación general, que cada dia se nos revela mas inevitable; pero nuestros hijos sabrán apreciarlas y bendecir los nombres que se las habrán proporcionado.

J. M. de ANDUEZA.

REVISTA DE LOS TEATROS.

Acaba de dar un adios notable al presente año cómico la empresa del teatro de la Cruz, poniendo en escena el drama de grande espectáculo, titulado *El naufragio de la fragata Medusa*. Tiempo hace que anunciamos nosotros su representación, y á fe que no hay motivo para decir que tantos anuncios y preparativos hicieran concebir esperanzas, que hayan quedado destruidas: todo lo contrario; los resultados han excedido á las promesas.

No creemos que entre las muchas personas que poblaron las localidades del teatro de la Cruz en la noche del beneficio del señor Lomibia, hubiese ninguna que pensase en hallar mérito literario en un drama, escrito exclusivamente para que se luzcan maquinistas y pintores; y si alguno lo creyó se llevó chasco, pues si se despoja al *Naufragio de la Medusa* del aparato teatral, viene á quedar reducido á una mediana novela de folletín. No carece de interes el prólogo: si del primero y segundo acto se hubiera hecho uno solo, tal vez se hubiese conseguido mas animación: el tercer acto lo sostiene el buque; el cuarto la balsa. Divierte sobremanera una farsa despues de haber transcurrido luengos dias sin alcanzar en los lejanos horizontes mas que cielo y agua: *el paso del trópico* ahuyenta por algunos instantes el hastío que se apodera de nuestro espíritu en una navegación larga, en que se tiene por singular re-

ereó la vista de un pájaro que vaga por los aires en las inmensas soledades del Océano, ó el movimiento de una yerbecilla arrastrada por las olas, pero lo consideramos de poquísimo efecto en el teatro: ni le tienen mayor los congojosos lamentos de unos naufragos sin esperanzas de salvarse. Repetimos que en esta producción no hay mérito literario: añadamos que ni deben caer sobre ella las lisonjas del encomio, ni los dardos de la crítica: quien sea justo debe dejarla intacta. A los pintores toca el aplauso ó la censura.

Aparece en el prólogo, no lo interior de la cámara de un buque, sino de una sala de armas, que se supone en el castillo de popa, puesto que se distingue el cordaje del bergantín, y que los interlocutores, sin moverse de la escena, dan razón de las alternativas del combate aun antes de que sea abordado el buque en que se hallan: confesamos no haber visto en ninguno la sala de armas en el castillo de popa; mas, sea de esto lo que quiera, la decoración está mejor entendida á nuestro parecer que la entonación de los colores: habría mas verdad en el todo y produciría efecto mas sorprendente un fondo oscuro como el que se advierte en todos los departamentos de un barco.

Hermosa perspectiva ofrece la decoración del primer acto, que figura un astillero y la fragata *Medusa* en construcción, siendo de notar la frescura de los celajes con que termina. Ambas decoraciones pasaron como desapercibidas y no porque merecieran desden, sino porque no era aquello lo que había excitado la curiosidad del público, ni lo que allí le había conducido.

Llegó al fin con el tercer acto la hora deseada, la crisis de la pieza, el instante en que debía salvarse ó naufragar con el bastimento que la daba nombre. Nosotros, que sin conocer mas que de oídas el trópico de Capricornio, hemos tenido la desgracia de encallar tambien con una fragata despues de pasar el de Cáncer, y tenemos ahora la fortuna de contarle, íbamos al teatro prevenidos en contra, á fuer de peritos en la materia, y en vez de una fiel imitación creímos encontrarnos con una extravagante parodia de lo que son el mar, un buque y una *barada*. Debemos pues una justa reparación al señor Lucini por las suposiciones gratuitas que nos permitimos con sobrada lijereza. No bien se recorrió el telon pronunciaron los numerosos espectadores su solemne fallo: sorprendidos quedaron al ver la propiedad con que estaba ejecutado el buque y la perfecta copia del mar en calma. Crecieron los aplausos con las olas que batían la fragata; y el triunfo fue completo cuando esta comenzó á moverse de popa á proa, virando luego, y encallando por último; todo con la mas escrupulosa exactitud, y apelamos al juicio de los que hayan sido actores en semejante escena, representada á lo vivo. El señor

Lucini recibió la debida recompensa, pues fue llamado á las tablas, y aplaudido hasta mas no poder.

Parte muy principal le cabe al ya célebre Aranda en el ruidoso éxito del *Naufragio de la fragata Medusa*. A su talento se debe el buen desempeño de la difícil y complicada decoración del cuarto acto, que fue una serie no interrumpida de aplausos. Allí las olas que ya se apaciguan, ya se embravecen: allí los continuos y bien comprendidos vaivenes de la flotante balsa: allí la aparición en distintos términos de un buque que surca los mares á toda vela: allí los intervalos perfectamente medidos entre el fogonazo y la detonación de los disparos que hace, aprestándose á socorrer los naufragos: allí la lancha que boga para darles auxilio: todo se aplaudió, todo produjo mágico efecto; todo satisfizo los deseos y las esperanzas concebidas.

Creemos que un drama tan bien recibido, por el aparato que le adorna, proporcionará á la empresa buenas entradas. Por regla general las compensaciones están en razón directa de los desembolsos: si se trata de teatros, esta regla se convierte casi en axioma.

Guzman el bueno sigue gozando los honores de la representación; como que es la obra maestra que se ha puesto en escena en el teatro del Príncipe durante la temporada próxima á feneceer. Con él se han ejecutado tres beneficios, el de la Matilde Díez, el del autor y el de Fernandez. Al de este último acompañó un lindísimo sainete escrito por la festiva y juguetona pluma de Rubí, titúlase *Las ventas de Cárdenas*. Sitas estas en lo embocadura de *Despeñaperros*, es fama que han sido como la casa de recreo de los ladrones que han solido frecuentar aquellos escarpados riscos, aquellas tremendas guaridas. Así es que en el sainete á que aludimos aparece el ventero con su sobrina, moza de la venta, y nos dicen, mientras esta prepara la cena para los viajeros de la diligencia de Madrid que aguardan, cómo la chica está perdida de amores por *Manolito el Rayo*, capitán de una cuadrilla de bandidos, y cómo el taimado tío despues de haber hecho capa al *Manolo* y de haber admitido sus no mezquinos regalos, piensa en ponerlo en manos de la partida que anda en su persecución: de aquí se desprende la intriga del sainete; de aquí brotan chistosísimas escenas, en que ya son el alma del diálogo el capitán de ladrones tratando con imperioso menosprecio al amo de la venta, ya aquel amartelado y conquistando á su *já* para que le siga en su traslación de *Despeñaperros* á sierra Morena, ya el cabo de la partida que persigue á los bandidos, bebiendo en amor y compañía con su gefe, ya el grupo de viajeros que acaban de apearse de la diligencia entre los que figuran dos damas, una vieja gazmoña, dos caballeres y un relojero francés, que miran de reojo á *Manolo el Rayo*, que sigue impa-

sible apurando su jarro de vino, ya el francés requiriendo de amores á la moza de la venta, y sorprendido por el formidable *Mano'ito*. De tan variados y amenos lances resulta un desenlace tan natural como verosímil: los ladrones se tirotean con la tropa, se repliegan aquellos á la posada, y se fugan por la bodega: entran los soldados, y en vez de encontrar á *Manolo el Rayo* dan con el infortunado francés envuelto en el calañés y la manta del bandido. Este, ya en el campo, se asoma á una ventana, dá seguridades á los viajeros y les anuncia que sus equipajes están intactos, pues solo se lleva los relojes del franchute y la sobrina del ventero, á quien prende la partida por encubridor de ladrones.

No se lisonjeen nuestros lectores de conseguir con tan imperfecta narracion como ha salido de nuestra pluma, una idea exacta del sainete de Rubí, pues por fiel que sea el retrato del asunto hemos tenido que despojarlo de las amenas sales, del gracejo andaluz, y la fluida versificación que lo visten. *Las ventas de Cárdenas* fueron aplaudidas desde el principio hasta el fin, y eso que la ejecucion ha estado muy lejos de ser cabal. Nada tiene que ver el carácter de *Manolo el Rayo* con el del supuesto andaluz de las *Tramas de Garulla*, ni con el del *Soldado fanfarron*, ni con el del tuno que se pierde de vista en *Toros y Cañas*. Hay en el héroe de *Las ventas de Cárdenas* cierto fondo de amargura, cierta gravedad que debe darle y le dá indudablemente la preponderancia que ejerce sobre sus compañeros de fechorías; y esta amargura, esta gravedad y esta preponderancia no creemos las haya tocado el señor Fernandez, quien con la entonacion frívola y las tintas de lijereza que ha dado á su papel ha representado un pillastre del barrio de Perchel, y no un caudillo de bandoleros que escribe la historia de sus hazañas en las rocas de Despeñaperros: ha caracterizado á las mil maravillas á un capataz de rateros y no á un capitán de ladrones: la Matilde ha estado graciosísima en su papel de moza de posada: Sobrado ha desempeñado con suma inteligencia el carácter del relojero francés. No tenemos humor para mencionar á los demas actores que tomaron parte en el sainete de *Las ventas de Cárdenas*.

A. FERRER.

EL FASTIDIO.

Si han sido crueles tiranos Neron, Caligula, Tiberio, Heliogabalo y tantos otros, al fastidio se á quien conviene echar la culpa... El fastidio es el consejero mas terrible de los monar-

cas: los buenos principes han sido aquellos que jamás se han fastidiado, por eso se cuentan tan pocos, pues las virtudes que emanan del corazón son mas comunes y habituales, que las que reconocen su origen en el carácter y en el entendimiento. Un continuo y constante buen humor seria el dote mas precioso de un rey, y la garantía mas infalible de ventura para su pueblo. Los tipos mas escelentes de los monarcas se han visto mas ó menos mimados por el fastidio, y si tan escasos son los reinados sin tacha, fuerza es atribuirlo á ese malhadado hastio, de que no se escapan las mas esplendentes fortunas, y que tan maléfico influjo ejerce sobre una voluntad soberana.

El Sultan Achmet III era un príncipe escelente, querido de sus súbditos, y tan elemente como es licito serlo en el trono otomano; pero el sultan Achmet solia fastidiarse muy á menudo, aunque aguzaba su ingenio para inventar nuevos placeres. Habia imaginado, por ejemplo que enseñasen la música á miles de canarios y ruiseñores, que á una señal ejecutaban las mas graciosas y halagüeñas sinfonías. Todos los dias se reunia la corte otomana en una galeria llena de jaulas, y saboreaba las delicias de un concierto de pájaros, que duraba por lo regular tres horas. Mas este recreo, unido á los deleites del serrallo y á los cuidados de los negocios aun dejaba un vacío en la vida de Achmet. Cierta dia, en uno de sus momentos de fastidio, recorria las calles de sus jardines, acompañado de su visir Mohamad, quien se afanaba en vano por distraerle con ingeniosas agudezas y agradables lisonjas: la frente del sultan no perdía su ceño, y cansado el visir de sus inútiles esfuerzos, acabó por caer en el sombrío y taciturno abatimiento en que su amo se hallaba sumergido: el fastidio es contagioso.

Detúvose Achmet en lo alto de una azotea que dominaba sus jardines, y despues de algunos instantes de silencioso delirio, distinguiendo á lo lejos á un esclavo griego, ocupado en cortar las ramas de un jazmin, le dijo al visir las siguientes palabras:

—Mohamad, tráeme la cabeza de aquel esclavo.

Aunque asombrado de aquella fantasía nada habitual en Achmet, y que solo podia haberle inspirado el fastidio, no titubeó el visir en obedecer tamaño capricho. El sultan seguia con indiferentes ojos al visir que descendia con presteza las gradas de la azotea, y se dirijia hácia el esclavo: separábalos bastante distancia y Mohamet tardó cerca de un cuarto de hora en atravesarla. Apenas llegó á presencia del griego, que era un joven robusto y de buen aspecto, le dijo:

—¿Cómo te llamas?

—Marcópolis.

—¿De que país eres?

—De la Morea.

—Está bien: ahora vuelve tus ojos hacia aquella azotea ¿conoce el que nos está mirando?

—Es el sultan.

—Pues el me envía á ti.

—¿Que es lo que manda?

—Que le lleve tu cabeza.

—¿Cual es mi delito?

—Sin duda olvidas, esclavo, que nuestro sublime amo á nadie tiene que dar cuenta de su voluntad. Al sultan le roe el fastidio, y para ahuyentarlo de sí necesita que caiga una cabeza. Cállate pues y tiende el cuello. Achmet lo manda.

Al decir esto Mohamad sacó su alfanje de la vaina; mas antes de que la hoja hubiese brillado á los rayos del sol, le había desarmado Marcópoli, listo como un relámpago, y le decia con la mayor sangre fria.

—Has cometido un yerro en encargarte de semejante comision, Mohamad, pues ya ves que se han trocado los papeles: no por eso deja de haber aquí un verdugo y una victima, mas yo soy quien tiene el alfanje, y á ti te toca tender el cuello.

Mahomad quiso apelar á la fuga: Marcópoli, la asió con vigorosa mano, dió con él en tierra y blandiendo el alfanje, dijo con formidable voz al visir, inmóvil bajo su rodilla:

—No hay fuerza humana que pueda salvarte: aquí estamos solos, y todo auxilio llegaría tarde: mia es la fuerza y la ocasion. Despidete pues de la vida, porque eres hombre muerto.

Estas fueron las últimas palabras que oyó Mohamad: cayó su cabeza á un solo golpe del esclavo, la cojió chorreando sangre, y se encaminó tranquilamente hacia la azotea desde donde el sultan habia contemplado estupefacto aquella dramática escena. A Achmet y se le habia pasado el mal humor.

—Luz de las luces, caudillo de los creyentes, le dijo Marcópoli poniendo á sus plantas la cabeza de Mohamed, vengo á bumillarme en tu presencia como esclavo que soy, mas no como delincuente; porque lejos de haber cometido un crimen, acabo de prestarte un señalado servicio.

—Estraña osadia es la tuya, exclamó el sultan. ¿Piensas quizá, miserable esclavo, vil asesino, hallar una excusa para tu abominable delito?

—Me será muy fácil hallarla si te dignas escucharme.

—Habla, pero pronto.

—Seré breve: V. A., poseído de mal humor, se dignó mandar que pereziese un hombre para recrear su vista, y yo le he proporcionado ese espectáculo, con la circunstancia de que he revestido de mas interés los pormenores por lo imprevisto de la accion y la importancia de la

catástrofe: nadie hubiera hecho mas por distraer á un sultan. Necesitabais una cabeza, y os la presento: estais mejor servido de lo que imaginásteis, porque en vez de la cabeza de un esclavo, remedio ineficaz para vuestro hastío, os traigo la cabeza de un visir, y la novedad ha alejado el hastio de vuestro espiritu. Ahora vuestra Alteza me condenará á muerte si le place, mas siempre habré ganado media hora de vida para consagrarla á serviros, y antes de morir os daré un consejo.

—¡Tu, un consejo! Habla.

—Se reduce á deciros que no tengais un visir á vuestro lado por mucho tiempo. Creo que esta máxima es buena en política: las personas que se eternizan en ciertos puestos elevados acaban siempre por ser peligrosas. Tal es mi opinion á la cual creí que debía inmolar á Mohamed. ¡Dichoso yo si esta accion redundare en vuestro provecho! Espero que no tardeis en darme la razon.

Sorprendieron al sultan las palabras y la sangre fria de Marcópoli, á quien respondió de esta manera.

—Debo suspender tu castigo: ocho dias me bastan para apreciar tu conducta en su justo valor: vuelve á tu trabajo, y á su debido tiempo te llamaré para que recibas de mi mano galardón ó pena.

De las minuciosas investigaciones que se hicieron al punto en los papeles de Mohamet resultó que este urdia una traidora trama en contra de su soberano: trataba no menos que de entregar muchas provincias á los enemigos del imperio Otomano.

Marcópoli fue llamado al divan: Achmet le presentó á sus consejeros como el salvador del imperio, y le nombró desde luego agá de los genizaros: su fortuna creció con rapidéz llevándolo hasta el alto puesto de visir. Despues de ejercer por espacio de dos años tan elevadas funciones, desplegando eminentes talentos, puso en manos del sultan su dimision, diciéndole:

—Lo que es verdad para los demas, lo es tambien para mí. Acordaos de mis palabras: «No tengais á vuestro lado un visir por mucho tiempo.» Yo he durado dos años, y es muy bastante: me retiro pues en honor de una máxima que debería convertir vuestra alteza en regla inmutable.

Marcópoli fue á establecerse, revestido de alta dignidad, á una provincia lejana, y si Achmet conservó cerca de sí los visires por mas de dos años, economizó al menos las cabezas de sus esclavos en sus momentos de fastidio.

(Se continuará.)

CANCION.

Desplegad entre zéfiros la túnica de rosas,
Oh auroras de la vida, crepúsculos de abril,
Y el sol de primavera con ráfagas preciosas
Anime los ensueños del canto juvenil.

Venid, porque esas nieblas de la invernada oscura
Ocultan á mis ojos el horizonte azul,
Y borran los colores del llano y la espesura,
Y pierden los espacios su pabellón de tul.

El soplo del invierno destruye las campañas,
Vacío vive el mundo de glorias y de amor,
El aire que respiro se yela en mis entrañas,
¡Dadme un rayo que anime mi seno sin calor.

¡Oh, auroras de la vida, no desdeñéis mi ruego!
Es invierno á mis ojos insoportable cruz,
Y á volverme no bastan mi atmósfera de fuego
Las pálidas hogueras con su dormida luz.

Del trópico soy hijo: las brisas del Océano
Mi cuna estremecieron con blado murmurar,
Allí do el sol ostenta su deseo soberano,
En la opulenta Cuba la virgen de la mar.

Donde germina el oro, donde el tabaco crece,
Donde brota la industria del fruto y de la flor,
Y en cuya roja arena cantando se adormece
La hermosa Colombiana con su inocente amor.

Nací en la fértil vega que riega el Almedares
Y á que presta la aurora purísimo arrebol;
Do aspira el campesino frescura entre palmares,
Do cantan sus amores las virgenes del Sol.

Mas ¡ah! que ya aterido mi corazón de frío
En vano busca, en vano, del Sol la claridad;
Confúndense las nieblas, y el pensamiento mío.
No toca mas que yelo, muere en la oscuridad

Azota los cristales el cierzo, y muge y brama,
Sus ráfagas se agitan con ronco frenesí;
Y horribonas descienden del cano Guadarrama,
¡Oh, auroras de la vida, venid en pos de mí!

De la caliente arena del trópico distante
La atmósfera encendida tendedme en derredor,
Pues consume el invierno mi pecho agonizante,
Y anhelo un sol de fuego, ansio su resplandor.

Yo quiero ver en torno la hermosa primavera
Floreecer en invierno lo mismo que en abril,
Que del potente estío la pesadumbre fiera
Se calma con las auras de un mundo juvenil.

El sol, el sol de Cuba que abraza mis entrañas,
Vea en sus dulces campos la rosa de mi amor,
Y en la caliente siesta tendido entre las cañas
Respire de sus brisas el mágico frescor.

FRANCISCO ORGAZ.

CANCION DE BERANGER.

LA MADRE CIEGA.

Mientras hilares, hijita,
Tu lino á escucharme vas,
Pues tu corazón palpita
Al nombre del mozo Blas.
Teme lo que te aconseja,
Te celo aunque ciega y vieja,
A todo aplico la oreja
Y te siento suspirar:
La intención de Blas no es sana....
Mas, tu abriste la ventana
Luisa dejaste de hilar.

Que hace calor has repuesto,
Mas si bien abriste ya,
Cuenta no hagas dulce gesto
A Blas que alerta, estará.
Tachas mi genio iracundo,
En que fui joven me fundo
Y sé en los riesgos del mundo
Cuán fácil es resbalar.
El amor nos desconcierta....
Mas, alguien hay á la puerta,
Luisa dejaste de hilar.

El viento en la cerradura
Dices que el ruido causo,
Y á mi perro que murmuraba
Buenos golpes le costó.
Teme de Blas los amaños,
Vendrán luego desengaños,
Y á no ser cuerda, los daños
De tu afecto has de llorar....
¡Santo Dios! niña ¿Que es eso?
Oigo el son de plando beso,
Luisa, dejaste de hilar.

Tu pájaro, dices maula,
Que te besa con amor,
Hazle que calle en su jaula
Y no escite mi rigor.
Loco proceder te induce
Que á la deshonor conduce
Y el mismo que te seduce
Luego te há de desdeñar.
Te perdiste si eres boba....
Mas, tu vás hacia la alcoba,
Luisa, dejaste de hilar.

Me dices que á echar un sueño
¿Connmigo juegas así?
Prometa Blas ser tu dueño
O salga al punto de aquí:
Entretanto no le escuso,
Ni tolero tal abuso,
Dáale, dáale, dáale al uso:

De mi no te has de alejar,
Y si tu lino se trueca,
Ynótil, con otra rueca
Juro, Luisa, no has de hilar.

A. FERRER DEL RIO.

ESPERANZAS Y FLORES.

Era un jardín: los olmos se agitaban
Elevando su copa al firmamento,
Y en su tapiz las fuentes resbalaban
Dulce murmullo regalando al viento

Por él vagaba mi angustiada mente
Dilatándose en él mi fantasía,
Desde que el sol mostrábase en Oriente
Hasta que el sol á ocaso descendía.

La noche con sus nieblas de quebranto
Sobre la flor sus lágrimas vertiera,
Y ella donosa á tan gustoso llanto
Con orgullo sus lágrimas bebiera,

Pero vino el invierno cavernoso
Con sus montes de sombras y de yelo,
Y embrozado en su manto tenebroso
Cubrió de horror la inmensidad del cielo.

Las flores á su faz se marchitaron
Y el campo seco: en su estacion desnudo,
Caudalosas las ondas empaparon
Del tiempo, airado á la inconstancia, mudo.

Y á cada flor que sucumbiendo huía,
Una esperanza se agostaba huyendo;
Mas si la flor venciendo sonreía,
Tornaba la esperanza sonriendo.

Así la sombra y la aflicción pasara
Y al brotar de la dulce primavera,
Lisongera una flor me recordara
De tu amor la esperanza lisongera.

FRANCISCO CEA.

MADRID 16 DE MARZO.

De la litografía del Artista, que es de donde salen seguramente las láminas mas perfectas, acaba de salir un excelente retrato del famoso autor don Isidoro Maiquez, tomado del cuadro original de Goya: el dibujo es obra de don José Maria Abrial, el estampado de don Andres Arenas, y la suscripción ha sido abierta por don Manuel Garcia, actor en el teatro del Príncipe. Recomendamos á nuestros lectores la adquisición de tan excelente lámina, pues sobre ser lo mejor que sale de nuestras litografías, ramo tan atrasado en España, perpetúa la memoria de una de las mas célebres glorias artísticas que han pasado al través de los disturbios y mudanzas que han agita-

do á nuestro suelo en lo que va de siglo, circunstancia por la que ha sido y es todavía necesario que una persona sobrevenga mucho en cualquiera de las carreras, que no se rozan con la política, para que fije la atención de la multitud. Seria de desear que se rindiese á la memoria del también célebre actor don Joaquin Caprara, un tributo semejante al de que acaba de ser objeto Maiquez, pues sobresalió no menos que este en los papeles de carácter anciano; y aun viven en nuestro corazón las dulces emociones que nos hizo experimentar representando el Fenelon en 1835 para el beneficio de la sin par Concepcion Rodriguez. Don Joaquin Caprara falleció en Cádiz tres años despues en 1838.

Entre las producciones escritas en el año cómico que va á concluir, por nuestros poetas mas conocidos, recordamos las siguientes.—Zorrilla: Segunda parte del Zapatero y el Rey; El eco del Torrente; Los dos vireyes.—Harnzembusch: Don Alonso el Casto; Yo primero.—Rubí: Quien mas pone pierde mas; La fortuna en la prision; El rigor de las desdichas; El cortijo del Cristo; Las ventas de Cárdenas; El diablo cojuelo; Casada, virgen y martir.—Gil y Zárate: El monarca y su privado; A un tiempo madre y esposa; Guzman el bueno; Don Trifon.—Doncel y Valladares: Sobresaltos y congojas; Amor y nobleza.—Breton; Lo vivo y lo pintado; La pluma prodigiosa; La batele-
ra de Pasages; La escuela de las casadas.—Díaz: Juan de Escobedo.

En el teatro de la Cruz se presentarán dos novedades artistas el próximo año cómico la Pepita Valero, dama, y la Sampelayo, característica. En el del Príncipe no hacen mas adquisicion notable que la de la Teodora Lamadrid, y parece que lo pasarán sin un actor de carácter anciano.—Monreal va de primer galán á Santander; La Antera Baus de característica á Barcelona.

El buen éxito del *Naufragio de la fragata Medusa*, y la numerosa concurrencia que acude á su representación cuantas noches se pone en escena, impiden que se representen *los dos vireyes, amor y nobleza, y el diablo Cojuelo*; pero se estrenarán á principios de la temporada venidera.

Desierto de algun tiempo á esta parte el Circo Olímpico por la no variedad en sus funciones, repentinamente ha abandonado su perezo-

sa inercia, y à imitacion del teatro de la Cruz nos ha dado un espectáculo de grande aparato, que es regular llame durante algunos dias la atencion de un pueblo, siempre ávido de novedades. La noche del 12, despues de los ejercicios ecuestres en que tanto han brillado Paul y sus compañeros, se puso en escena una pantomima heroica en dos actos, que lleva por titulo *Los Brigantes italianos*, con cuadros escénicos, grupos, danzas, marchas, contramarchas, combates á pie y á caballo, y toda la tremolina propia para entretener á un público, á quien es preciso divertir con el auxilio de truenos y relámpagos y borascas y naufragios en una parte, y en otra á fuerza de cuchilladas, mandobles, trabucazos, puñaladas, ruido y algazara.

Si algunas de las escenas de tan ardiente pantomima no fuesen tan largas; si varios de sus mudos actores desechasen cierta pesadez en sus acciones, si uno de ellos no regalara nuestros oidos con una cancion harto monótona, mal entendida y peor cantada, y si las decoraciones que el pintor de aquel teatro ha querido presentarnos correspondieran con mayor exactitud á lo que sin duda se propuso, nada tendríamos que pedir á ese bullicioso espectáculo, que revela la infatigable laboriosidad del señor Paul y de Montero, á quien debemos el arreglo para el Circo español de esa heroica pantomima.

Sin embargo, tiene bastante mérito, y es digna de llamar la atencion sobre todas por su buen desempeño, la escena en que la caballeria se lanza á una escarpada montaña, sosteniendo un vivo fuego con los bandidos calabreses. De admirar es la docilidad al propio tiempo la lijereza de unos caballos que cruzan montes de difícil acceso, trepan por altas peñas, costean peligrosos desfiladeros, y suben á la cúspide de un eminente cerro, donde se halla situada una casi derruida ermita, al pie de cuyas ruinas está la caverna do se abrigan los foragidos; pero doble admiracion causa ver al señor Desiré saltar en el caballo *ardiente* (andalu), un profundo y estenso despeñadero, á poco de haber sido cortado el puente que facilita su paso.

Esta escena mereció grandes aplausos, que se repitieron cuando terminada la funcion salió á las tablas á peticion del público el señor Montero, acompañado de un perro, digno actor en la tormentosa pantomima ejecutada por hombres y brutos.

Descaríamos que el titulo que lleva fuese español, y que el director del Circo se valiera de traductores que dijese bandidos en vez de *brigantes*, y no nos regalaran tantos galicismos como contiene el libreto ó esplicacion del argumento sobre que gira el enredo de la pantomima.

res las siguientes líneas que escriben de Amsterdam á un periódico francés: pues dicen relacion con una cantatriz española, aplaudida poco hace por el público madrileño: aludimos á la Cristina Villó.

«Cada vez gustan mas los *Puritanos*: en la última noche se ha rendido á la prima donna, la señora Ramos, una óvacion poco comun en Holanda: al terminar el cuarteto se la arrojaron dos coronas y dos ramilletes en muestra del placer que producía su canto puro y la frescura de su acento. El bajo Scapinia, con su soberbia voz, es siempre un cantante de animacion y de talento. M. Ramos, de quien no hicimos mencion en nuestro postrer artículo por olvido involuntario, continua haciendo sus salidas con buen éxito: los numerosos aplausos que se le prodigan todas las noches, deben probarle, que no solo en Italia y España se sabe apreciar el verdadero mérito, sino tambien en Holanda: su voz dulce y suave unida á su escelente método constituyen en M. Ramos el mejor tenor que se ha oido en nuestro pais, despues de Rubini. No contribuye poco el baritono M. del Vivo al buen éxito de la ópera, pero descariamos mas animacion en su canto.»

Ademas en la Gaceta de Amsterdam del 20 de enero, se lee lo siguiente.

«La cuarta representacion de los *Puritanos* ha sido recibida por los espectadores con el mismo entusiasmo que la tercera, en la que el público no pudo menos de aplaudir, como siempre á la señora Ramos, dándola muestras de su satisfaccion con arrojarla á la escena coronas y ramilletes luego que hubo cantado la polaca. De admirar es el talento musical de su esposo el señor Ramos, á quien ha acogido el público holandés con extraordinarios aplausos, haciendo la debida justicia á su buen método de canto, y sobre todo á la maestria que despliega en los *crescendos*, *disminuendos* y *falsetes* del cuarteto de salida y del duo del cuarto acto en su papel de primer tenor. Cada dia recibe de los concurrentes al teatro mayores pruebas de estima. Los señores Scapini y del Vivo han sido aplaudidos como de costumbre.

Hemos leído con sumo placer el primer número del periódico, titulado: *Iberia Musical*, dirigido por varios profesores y principalmente por el Sr. D. J. E., muy conocido ya en las sociedades filarmónicas de esta Corte, por sus cualidades y grandes conocimientos en el arte encantador de la música. El objeto de dicho periódico es, á nuestro entender, proporcionar á los maestros y aficionados un medio ostensible para dar á conocer sus talentos, sacando á este arte sublime del estado de abatimiento en que hasta ahora se ha encontrado, y colocándole en el lugar que le corresponde;

Creemos sean del agrado de nuestros lectores

analizar científicamente las producciones de todos los países conocidos, cotejarlas con el orden y análisis debido en las antiguas; conducir hasta el punto mas elevado un recreo que ya se considera de suma necesidad en todos los pueblos civilizados; y en que á la par que se examine con estudio profundo la ciencia de la música, se deleite el alma con las sensaciones de la armonía y con las noticias que se adquieran de sus adelantos y progresos.

Los redactores de la Iberia musical manifiestan tambien en su prospecto é introducción que la empresa es árdua y espinosa, y con una sencillez y humildad que les honra, se prometen que estimulados con su ejemplo los demas profesores, les auxiliarán con sus conocimientos, y que unidos todos con la sola idea de elevar este arte encantador al estado de brillantez que se merece, no negarán sus talentos á tan laudable idea. Nosotros que hemos sentado por base del instituto la ilustración del pueblo, nos complacemos con esta esperanza y unimos nuestras débiles votos á los amantes de la música para que no la dejen frustrada, y que ya que en esta nacion ha existido un profesor que se ha lanzado en esta empresa con tan buenas intenciones, sus compañeros en el arte procurarán llevarle á cima; pues en ello se interesan la buena educacion, la finura y delicadeza de las costumbres, y la dignidad con que en todos los ramos de la misma se ha distinguido nuestra patria. De buena fé y con la mayor cordialidad nos apresuramos á dar la enhorabuena al señor Espin, porque celoso por las glorias de un arte que profesa con tanta aceptación por sus muchos conocimientos y laboriosidad, ha trazado la senda por donde pueden darse á conocer los demas maestros, y que aun en el caso inesperado que no pudiese por sí solo coronar su obra, siempre conservará entre los amantes de la música la memoria de ser el primero que se atrevió á intentarla.

ANUNCIOS.

FEBRERO,

6

LIBRERIA DE JUECES,

ABOGADOS Y ESCRIBANOS,

comprensiva de los códigos civil, criminal y administrativo, tanto en la parte teórica como en la práctica.

IMPRENTA DE D.

IGNACIO BOIX, EDITOR.

tica, con arreglo en un todo á la legislación hoy vigente. Por el ilustrísimo señor don Florencio García Goyena y don Joaquín Aguirre. Constará esta nueva edición de ocho tomos en 4.º prolongado de buen papel y tipos nuevos á 20 reales cada uno, precio modico comparado con la anterior de Valencia.

Va á repartirse la entrega diez y última del tomo 3.º quedando cerrada la suscripción, segun se dijo en el prospecto.

COMPANIA GENERAL ESPAÑOLA DE SEGUROS.

La compañía ha resuelto dar principio á sus operaciones por el ramo de Seguros sobre la vida en Madrid, para estenderlas sucesivamente á las provincias. Mas adelante organizará el ramo de Seguros contra incendios.

Desde el dia primero de enero pueden las personas que gusten tomar seguros en cualquiera de las combinaciones que admite la compañía, á saber: capitales á la muerte del asegurado, supervivencias, rentas vitalicias sobre una y dos cabezas, capitales y rentas diferidas y á plazo fijo. Las tablas y tarifas con su esplicacion se entregarán gratuitamente desde el jueves 23 del corriente en adelante, y desde las 12 del dia á las 4 de la tarde, en casa del que suscribe, calle del Prado, número 26, á todo el que apetezca enterarse con exactitud de esta clase de operaciones y colocacion de fondos, que tan inmediatamente pueden contribuir al orden, economia bienestar y tranquilidad de las familias, y á las mejoras de las costumbres públicas.

La junta de gobierno de la compañía, en consecuencia de comunicacion recibida del señor don Andres Borrego, haciendo dimision terminante de la plaza de director que obtenia en la misma, se ha visto en la precision de admitirla, aunque con sentimiento, en razon á los conocimientos especiales que adornan al señor Borrego, y á las constantes diligencias que practicó para plantear la institucion entre nosotros.

Se pone igualmente en noticia del público que en la citada casa del que suscribe se halla de manifiesto desde el dia 23, y de dos á cuatro de la tarde, el libro de acciones, para que los sugetos que lo tengan por conveniente puedan suscribirse á las que aun quedan disponibles; en el concepto de que por ahora, y á menos de repetidas adversidades que no son probables en el ramo de Seguros sobre la vida, no piensa la compañía pedir mas que el dos por ciento en efectivo sobre el valor nominal de las acciones, que señala por cuota de entrada en el artículo 21 de los Estatutos. Madrid 22 de diciembre de 1841.—El director de servicio, A. Jordá.